

CUANDO LO VERDE ES *COOL*, PERO LO *COOL* NO ES SUSTENTABLE

CRISTINA AYALA-AZCÁRRAGA

En los días que corren, pensar en sostenibilidad nos lleva casi de forma inmediata a pensar en rechazar popotes y usar desechables de maíz. Éste es el discurso ambientalista que predomina en la actualidad, poniendo en boca de todos palabras como “eco” “verde” y “bio” sin que esto represente un avance real en la comprensión y aplicación de los conceptos, e incluso perdiendo su significado y propósito.

Evidentemente debemos repensar nuestro consumo de plásticos de un solo uso, por lo que eliminar popotes es una acción básica que todos debemos aplicar lo antes posible. Sin embargo, el peligro de esta campaña es que nos ha dado una falsa idea de que esa única acción es suficiente para cuidar nuestros recursos y asegurar un desarrollo sostenible, lo cual es falso.

Pero entonces, ¿qué es sostenibilidad? El concepto surgió como un modelo de desarrollo que permite explotar los recursos de forma que no se vean comprometidas las necesidades humanas futuras y teóricamente, esto se logra a partir de considerar aspectos biológicos, económicos y sociales. Esta idea es altamente esperanzadora pues concilia el cuidado del ambiente con nuestro consumo, siempre y cuando éste se modere de forma que los recursos alcancen a reponerse antes de que los volvamos a necesitar. Sin embargo, el concepto de sustentabilidad es una herramienta y como tal, su efectividad depende del entendimiento y, sobre todo, de la intención de quien lo utiliza, de la misma manera que quien usa un martillo puede emplearlo para construir una casa o para asesinar a una persona. Esta analogía puede parecer dramática, hasta que recordamos todos los “eco hoteles” construidos sobre manglares que han tenido que importar arena de otras playas para cubrir el ecocidio que cometieron o los proyectos que proponen destruir un ecosistema, pero que se venden como sustentables ante la posibilidad de la generación de empleos y crecimiento económico para la región, proponiendo reforestar otro lugar para compensar el daño ambiental. Cuando evocamos estos ejemplos (reales), la analogía del martillo ya no suena tan dramática y comienza a quedarse corta.

Lo cierto es que, un proyecto de modernidad que base el bienestar humano en la idea de la acumulación de riqueza y bienes materiales, nunca podrá ser sostenible y esta disyuntiva nos ha llevado a pensar que nuestra felicidad depende de la sobre-explotación de los recursos. Así, si se trata de decidir entre mi bienestar y el de mis hijos o el cuidado del ambiente, siempre terminaremos eligiendo el nuestro.

Bajo esta lógica, la mayor parte de las políticas actuales adoptan medidas de bienestar basadas en el producto interno bruto o el ingreso individual, lo cual subestima la importancia de las formas en que se obtienen los ingresos y la de otros factores, como la salud, la familia y el empleo estable. Sin embargo, el bienestar humano es bastante más complejo que los meros datos de ingreso, ya que está determinado por una combinación de factores externos relacionados con el ambiente e incluso con aspectos individuales tan específicos como las educación, las experiencias, los rasgos de personalidad o la salud de los individuos. Es verdad que se ha demostrado en múltiples estudios que existe una relación



entre el ingreso y el bienestar reportado, especialmente porque la privación de servicios y la pobreza afectan fuertemente la calidad de vida de las personas.¹ Sin embargo, algunos autores sostienen que esta relación desaparece con altos niveles de ingreso.² Además, en altos estratos económicos se reportan pocas mejoras en el bienestar subjetivo con el incremento económico, incluso en términos relativos en comparación con estratos socioeconómicos bajos.³ Siguiendo esta lógica, se puede afirmar que los objetos no dan felicidad, y su importancia en la vida de las personas depende de las experiencias de bienestar que éstos generen.⁴ En pocas palabras, la escasez puede favorecer la desdicha, pero la abundancia no garantiza la felicidad.

Otros autores han encontrado que la mala salud, el estado civil, los problemas maritales, el desempleo y la falta de contacto social están fuertemente asociados con un bajo nivel de bienestar autorreportado,⁵ sin que ninguna de estas variables esté asociada con la explotación de recursos ambientales.

1 E. Diener, E. M. Suh, R. E. Lucas y H.L. “Smith, Subjective well-being: Three decades of progress,” *Psychological Bulletin* 125, (1999): 276–302.

2 R.A. Easterlin, “Will raising the incomes of all increase the happiness of all?,” *J. Econ. Behav. Organ.* 27, (1995): 35–47.

3 B. Frey, A. Stutzer, “Happiness, economy and institutions,” *Econ. J.* 110, (2000): 918–938.

4 M. Rojas, *El Estudio Científico de la Felicidad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

5 P. Dolan, T. Peasgood y M. White, “Do we really know what makes us happy? A review of the economic literature on the factors associated with subjective well-being,” *J. Econ. Psychol.* 29, (2008): 94–122.



Por el contrario, cada vez hay más evidencia científica que confirma que existe una relación positiva entre el contacto con la naturaleza y el bienestar humano medido en el aumento en su salud física, mental e incluso una mejora en sus interacciones sociales.⁶ Esto quiere decir que el dilema entre nuestro bienestar y la destrucción no sólo es falso (una vez que se han suplido las necesidades básicas de las personas), sino que su destrucción está asociado con una disminución en la calidad de vida.

En nuestra vida diaria, parecería fácil introducir el concepto de sostenibilidad, hasta que notamos que para que esto sea real, tendremos que sacar el consumismo de nuestras vidas. Lo mismo pasa con grandes actores como empresas y gobiernos.

6 P. P. Groenewegen, A.E. van den Berg, S. de Vries y R.A. Verheij, "Vitamin G: effects of green space on health, well-being, and social safety," *BMC Public Health* 6, (2006): 149.

Es más fácil (y barato en el corto plazo) promover campañas de limpieza de playas que sean bien vistas por la opinión pública, que buscar mejorar sus procesos para reducir su impacto ambiental. Sin embargo, el efecto placebo de estas acciones en el ambiente propicia, en el mediano y largo plazo, mayores gastos y acciones de compensación más drásticas para todos los actores, desde organizaciones políticas y económicas hasta cada individuo.

Promover que la sostenibilidad sea aplicada con verdaderos beneficios ambientales, sociales y económicos, plantea un cambio de paradigma mayor, que incluye trastocar el mundo como lo conocemos, llevándonos a discusiones filosóficas tan fundamentales como ¿cuál es el papel de la especie humana en el mundo? ¿qué es el desarrollo? e incluso requiere cuestionarnos cosas tan personales como ¿qué es el bienestar? y ¿qué nos hace felices? Todas estas preguntas nos exigen reflexionar la realidad que actualmente damos por sentada y que, como especie, llevamos cientos de años construyendo.

En este sentido, Luis Zambrano en su libro *Planeta (in) sostenible* propone conceptualizar la sostenibilidad de forma compleja, rechazando la idea de una triada ambiental social y económica y propone incluirle una infinidad de capas a considerar cuando se trata de conflictos socio-ambientales. Esto sólo puede ser alcanzado generando una nueva forma de pensar que abrace la complejidad en lugar de buscar simplificarla. Para comenzar a comprender y aplicar el concepto de sostenibilidad correctamente, no se requiere un decálogo de acciones sustentables ni desarrollar nuevas metodologías de mediación para aceptar el proyecto "menos dañino". En su lugar, se necesita aceptar un análisis transdisciplinario de las diferentes dimensiones que contribuyen en los conflictos socio-ambientales que nos permita desarrollar una óptica integral y holística que nos lleve a las soluciones vanguardistas necesarias para la crisis que vivimos.

Sólo cuando entendamos que somos parte del ecosistema, tomaremos decisiones pensando en que en la medida que lo destruyamos, nos destruimos nosotros mismos. •

Cristina Ayala-Azcárraga colabora en el Laboratorio de Restauración Ecológica del Instituto de Biología de la UNAM.